

CAPÍTULO XIII

Familia real. — Los nombres de las hijas del rey. — Choisy y Trianón. — Etiqueta. — La prueba de los manjares. — Las entradas. — Las funciones. — La frutera del castillo y el gobernador. — La sociedad de la reina. — El juego del rey. — La cena. — El cocinero del rey. — El señor delfín. — Su infancia. — Lisonjas que se le prodigan. — Ongullo del joven príncipe. — Dicho del delfín á la reina. — Cambio de su carácter. — Su ánimo. — El señor de Fleury. — Grrri pierde su gracia. — Fortuna de la marquesa. — Los parisienses. — Las fiestas de la señora Pompadour.

En la época á que hemos llegado, esto es, hacia la mitad poco más ó menos del reinado de Luis XV, tenia el rey ocho hijos de la reina; de sus queridas, excepto el medio Luis, nunca tuvo ninguno, porque en su juventud habia aprendido demasiado con los bastardos de Luis XIV.

Estos hijos eran: el delfín, que nació el 4 de diciembre de 1729.

El duque de Anjou, que nació en Versalles el 30 de agosto de 1730, y murió en 1733.

Luisa Isabel de Francia, casada con don Felipe, nacida el 14 de agosto de 1727.

Ana Enriqueta, hermana gemela de Luisa Isabel.

Maria Adelaida, conocida por Mad. Adelaida, nació el 23 de mayo de 1732.

Victoria Luisa Maria Teresa, nació el 11 de mayo de 1733.

Sofia Filipina Isabel, nacida el 27 de julio de 1734.

Luisa Maria, nacida el 15 de julio de 1737.

Suponiendo, pues, que hubiésemos llegado al principio del año de 1730, tendria el rey cuarenta años, la reina cuarenta y siete, el delfín veintiuno, las princesas mellizas veintitrés, Mad. Adelaida diez y ocho, la princesa Victoria diez y siete, la princesa Sofia diez y seis, y la princesa Luisa trece.

Las princesas, excepto Luisa Isabel casada con don Felipe, vivian bajo la tutela de su madre.

Los caracteres de todas estas princesas eran muy diferentes, y los de algunas de ellas hasta extravagantes en demasia.

Madama era buena, sin pasiones, reflexiva, tímida y prudente; se complacia sobremanera con la sociedad de la señora de Ventadour, casi centenaria, á la que le hacia referir todas las anécdotas de la corte de Luis XIV.

Mad. Adelaida, al contrario, era muy atrevida: tenia todas las maneras de un muchacho; tocaba el violin, montaba á caballo y gustaba mucho de la caza. Siempre tenia la ambición de ser hombre [y hacer la guerra. Siendo muy niña decia: « Yo no sé porqué desean tanto un duque de Anjou, porqué no me hacen á mí duque de Anjou, y verán de todo lo que yo soy capaz. »

De edad de trece años, jugando á la cavagnola con la reina, consiguió robarle catorce luises; á la mañana siguiente la encontraron abriendo las puertas para salir de Versalles é ir á comprar su equipaje de guerra.

— ¿ Adónde vais, princesa? le preguntó deteniéndola una de las mujeres de su servidumbre.

— Voy á ponerme á la cabeza del ejército de papá-rey, batiaré á los enemigos y traeré prisionero á Versalles al rey de Inglaterra.

— ¿Pero cómo habéis de ejecutar vos sola semejante proyecto, princesa?

— No estoy sola; tengo por aliado á un hombre, al que le he hecho dar un empleo en la corte, y me ha ofrecido acompañarme.

El hombre aliado de Mad. Adelaida era un pilluelo de quince años que solía ver muchas veces en los bosques de Lagny; y el empleo que había obtenido para él en la corte era el de guardia de los asnos de las princesas.

Detenida por fuerza en su cuarto Mad. Adelaida había encontrado otro medio para destruir la Inglaterra, aquella misma noche lo expuso en el círculo de la corte.

— Haré que vengan, dijo, uno tras otro, los principales ingleses para acostarse conmigo, ellos se crearán muy honrados con esto, y cuando estén dormidos los mataré á todos sucesivamente.

El medio propuesto por Mad. Adelaida fué por todos muy aplaudido, como puede suponerse; pero Mad. de Tallard le hizo observar que sería una bajaza hacer morir de tal modo á todos aquellos caballeros.

— ¿Qué diablo, respondió Mad. Adelaida; pues cómo queréis que lo haga, si papá prohíbe los duelos?

En cuanto á Mad. Victoria, que tenía inclinaciones, si no más amorosas, por lo menos más pacíficas, era hermosa persona y de agradable fisonomía, color trigueño, hermosos y grandes ojos, y que se asemejaba al rey, al delfín y á Mad. Infante; el rey la quería más que á sus otras hermanas, y la quería, según se decía,

más de lo que un padre debe querer á su hija; y este sentimiento exagerado, según la crónica escandalosa, había hecho nacer al señor de Narbona.

Mad. Sofía, que era la que seguía á Mad. Victoria, era muy blanca, y toda la parte superior de su rostro tenía mucha semejanza con el del rey.

Mad. Luisa era muy pequeña; pero tenía agradable fisonomía, era viva y alegre, y nadie podía imaginar por su aspecto que había de ser un día religiosa.

Mad. Infante debía morir en 1759, y Mad. Ana en 1752.

Mads. Adelaida, Victoria y Sofía habían de quedarse solteras.

Á estas tres princesas las había bautizado el rey su padre en su trato familiar con los tres nombres poco poéticos de Locque, Chiffe y Graille.

Toda la corte del rey, del delfín y de la reina, cuando estaban en Versalles estaban sujetos á una rigorosa etiqueta. Esta es la razón porque el rey gustaba tanto de Choisy y la reina de Trianon.

Una de las cosas más serias de aquella etiqueta era el probar los manjares. En 1750 había cinco gentileshombres destinados á servir en las comidas de ceremonia; uno de ellos se colacaba de pie cerca de la mesa, y hacía que en su presencia se probase de todos los platos por un oficial de boca. Todo, sin excepción, había de gustarse; agua, vino, asados, guisados, pan y frutas.

¿Qué distancia tan inmensa de estas comidas de ceremonia á las de confianza que se celebraban en Choisy, en que había mesas que salían preparadas y cubiertas por el pavimento, y donde el servicio se hacía por pajes invisibles!

Otra etiqueta que se guardaba con tanta severidad

como la de las pruebas, era la de las entradas. Por la puerta grande no podían entrar más que los gentileshombres; á un hombre del común, aunque fuesen un Chevert ó un Voltaire, se les obligaba á entrar por las puertas más pequeñas.

Después se verá cómo entró Voltaire por las grandes.

El repartimiento de servicios que hacía que ninguno quisiese hacer más que lo que le estaba impuesto estrictamente por los estatutos de su cargo, era también algunas veces de gran molestia.

Paseándose un día la reina por dentro de su cámara de aparato, notó encima de su cama un poco de polvo, y se lo mostró á la señora de Luynes.

La señora de Luynes envió á buscar al ayuda de cámara de la tapicería de la reina para que hiciese que se limpiase por el ayuda de cámara de la tapicería del rey. Éste manifestó que á él no concernía aquel polvo en atención á que aunque los tapiceros del rey eran con efecto los encargados de hacer el lecho ordinario de la reina, no podían tocar al lecho de perspectiva, que se reputaba como mueble cuando la reina no dormía en él; y como que entonces la reina no usaba aquel lecho de perspectiva, aquel polvo concernía á los señores oficiales del guardamuebles.

Se pasaron dos meses sin encontrar al que le tocaba quitar el polvo, hasta que al cabo de este tiempo lo sacudió la reina misma con un abanico de plumas.

Estos fastidios persiguieron á la reina hasta en Trianón, adonde iba muy á menudo á comer con sus damas y pasaba las noches en sociedad íntima. Hubo un día una gran cuestión entre la frutera y el gobernador que interrumpió este desahogo á la reina y le

impidió poder ir á comer allí durante dos años. Pretendía la frutera ser la encargada de la provisión de las bujías, y el gobernador no quería cederle este derecho que decía pertenecerle; y entretanto para no ofender á ninguno de los dos, la reina no iba á Trianón, y si acaso iba alguna vez era de día y no cenaba allí.

Nada podía ser más triste que la situación de aquella pobre reina. Su sociedad habitual la componían el cardenal y la duquesa de Luynes, el presidente Henault y el padre Griffet. En aquella reunión no había etiqueta; todo el mundo se sentaba; y como la conversación era en general poco animada, sucedía muchas veces que la mitad de la sociedad se dormía y la otra mitad la miraba dormir.

El duque de Luynes era el mayor dormilón, y el mudo más absoluto de la sociedad, y la reina le llamaba por antifrasis el señor Tintamarre (Batahola).

El rey por su parte hacía otro género de vida. Á medida que avanzaba en edad, crecían sus inclinaciones de libertinaje. Pocos días se pasaban sin que jugase muy fuerte, de manera que pudiese perder ó hacer perder á sus adversarios tres ó cuatro mil luises.

Cuando el rey ganaba, los guardaba en su bolsillo secreto, cuando perdía tenían que ir á cobrar á las cajas del Estado. El gusto al juego se fué extendiendo hasta el extremo de pasar desde la bayeta verde á especulaciones mercantiles.

Concluido el juego, se cenaba; el rey bebía mucho, y sobre todo vino de Champagne. Cuando ya estaba no muy sereno lo dejaban entregado á la señora de Pompadour, que hacía de él lo que podía hasta el día siguiente.

Tenía el rey un excelente cocinero que no sólo había aprendido en los mejores libros de gastronomía y en las casas de los mejores gastrónomos todas las reglas de su arte, sino que también había aprendido en casa de los médicos de más experiencia, el arte no menos importante de preparar los manjares reparadores, con cuyo auxilio podía el rey perpetuar aquellas noches de locura, de que el duque de Orleans nos había dado ejemplo.

Además, mientras duraba el carnaval, muchas veces el rey, los príncipes y sus favoritos recorrían no sólo los bailes de máscara, sino también las calles de París y de Versalles.

En cuanto al delfín, había sido criado en la más extrema adulación. Como santa María Alacoque, según cuenta su historiador, manifestaba ya á la edad de catorce meses el mayor horror al pecado, así daba también el delfín á la edad de seis años las mayores esperanzas.

— Monseñor, le decía en 1735 el arzobispo de Crillon, el clero respeta en vos la sangre más ilustre que haya existido jamás, y de la que habéis sacado las virtudes más elevadas, que un día habéis de hacer resplandecer.

Un día le dijeron al joven príncipe que el duque de Chatillon, su ayo, estaba obligado en las grandes ceremonias, á servirlo de rodillas.

El príncipe contestó : ¿ Y por qué no siempre ?

Hasta los castigos que se le imponían estaban reglados para aumentar su orgulloso carácter.

Á este real niño, al que la etiqueta debía fastidiar, se le castigaban sus faltas privándole de esta misma etiqueta. Cometía alguna falta grave, se le enviaba á misa con un solo criado á pie. Era enorme la falta, se

le mandaba á la guardia que no le hiciesen honores al pasar.

Así el delfín hasta la edad de doce años fué uno de los entes más desagradables que pudieran verse.

— Niño maligno, le dijo su madre, algún día me darás mucho que sentir.

Y volviéndose el niño á su madre, le contestó :

— Sin embargo, convenid en que sentiriais mucho no tenerme sobre todo después de la muerte del duque de Anjou.

La respuesta no manifestaba un buen talento, pero sí penetración.

Á los doce años comenzó su carácter á hacerse más reflexivo, y aun se hubiese podido distinguir en el joven príncipe cierta fuerza, en la que la voluntad tenía la mayor parte. Atormentado por un tumor en la parte inferior de la mejilla derecha, se creyó conveniente abrírselo, y La Peyronie le hizo una incisión desde el medio de la mejilla hasta la barba. El rey se desvaneció y tuvieron que hacerle respirar sales espirituosas ; pero el delfín permaneció imperturbable y sufrió la operación sin exhalar una queja ni un suspiro. Algunos días después su dentista advirtió al señor de Chatillon que era preciso sacar al príncipe una muela del mismo lado de la herida. Pidió el príncipe algún tiempo para decidirse ; pero luego que se decidió, llamó él mismo al dentista y sufrió la operación sin pestañear siquiera.

Algunos días después le sacaron otra, luego la tercera y siempre sufrió el dolor con la misma impasibilidad.

Jugando con él un día el cardenal de Fleury, como había jugado con Luis XV cuando era niño, le decía :

— Monseñor, ¿ se podrá contar para lo sucesivo

con esta amistad que me manifestáis ahora? Las amistades de los príncipes se dice que no son de larga duración.

— Sin embargo, le contestó el delfín, vos habéis conservado una buena ventana en el corazón del rey para no tener de que quejaros.

Estando á la edad de trece años, el delfín en Versalles y el duque de Chatillón en París, se divirtió el delfín en inventar que la czarina había muerto envenenada. Él había dado tales pormenores de las causas del envenenamiento, y del interés que los señores rusos, á los que acusaba, habían tenido para efectuarlo, y las alteraciones que esta muerte podía producir en Europa; de tal suerte que esta noticia falsa fué tenida por cierta, tanta era la probabilidad que le daban los pormenores históricos. El señor de Chatillón dió publicidad á esta carta del príncipe, como noticia oficial. Al día siguiente todo el mundo se hallaba enterado de la chanza.

Teniendo quince años, supo que una señora de la corte no había cumplido con la Iglesia; se aproximó á ella y le dijo:

— ¿Os habéis confesado ya, señora?

— Sí, monseñor.

— Me parecéis católica muy tibia, señora; ¿quién es vuestro confesor?

— Un recoleto, respondió la señora turbada.

— Hariais mejor en tomar mi misionero de la capilla, replicó el príncipe, sería más severo: y se apartó de ella con el mismo aire que lo habría hecho Luis XIV en circunstancia semejante.

Cuando se trató de su matrimonio con la infanta de España María Teresa, tenía el delfín catorce años, y no había conocido aun ninguna mujer; él no hablaba

más que de proyectos de viajes y de correrías con la señora delfina.

— Bien, le decía Mad. Adelaide, hablad de vuestra mujer, alabad su hermoso cutis, su aire de nobleza y su blancura; pero tiene rojo el cabello.

— Me han asegurado que tiene buen carácter, respondió el delfín, y eso me basta.

Decía un día á uno de sus amigos:

— Si llevo á ser rey, iré á vivir á San Germán y haré hacer allí construcciones procurando utilizar los edificios que hay ya.

— Monseñor, le respondió aquel á quien se dirigía; ese proyecto no está de concierto con otro proyecto que tiene V. A., el de aliviar á sus pueblos.

— Bien, dijo el delfín, reflexionaré en lo que acabáis de decirme.

Á la mañana siguiente al volver á ver á su amigo le dijo:

— Tenéis razón, siempre se edifica más de lo que se quiere y más caro de lo que se puede. He reflexionado en lo que me dijisteis ayer, y os doy mi palabra de no hacer nunca edificios.

Le gustaba mucho al delfín la caza de tiro, pero tuvo la desgracia de matar al señor Chambón, y nunca se consoló de esto.

La mujer del señor Chambón había quedado en cinta. Tuvo al niño en la pila del bautismo, y durante la ceremonia violó no sé qué ceremonial que se quiso restablecer, diciéndole:

— Monseñor, eso no es costumbre.

— Pero me parece, respondió el delfín con amargura, que tampoco es costumbre matar al padre de un niño y al marido de una mujer.

Después de cinco años de casado vivía el delfín

como honesto y buen marido ; así es que la señora de Pompadour temía infinitamente más al delfin que á la reina.

La señora de Pompadour había sido presentada en 1745, y como ella no había podido ser presentada bajo su nombre de la señora Lenormand de Etioles y como por otra parte ella tenía algunas razones para romper con aquel nombre, que ella había llevado tan mal, suplicó al rey que hiciese por ella lo que había hecho por la señora de Chateauroux. El rey consintió y le dió el marquesado de Pompadour.

La casa de Pompadour, que se remonta al siglo XII, se había extinguido en 1722 en la persona del marqués de Pompadour, que había representado un papel en la conspiración de Cellamare.

La señora de Pompadour no había estipulado de antemano sus condiciones, como la de Chateauroux, pero nada perdió en hacerlo después.

Comenzó desde luego por hacer despedir al contralor general Orri que había rehusado servirla empleando á una de sus criaturas.

Además de las dos versiones que corrían acerca del señor Poissón, padre, de las cuales una lo hacía tratante en ganado de la Ferté-sous-Jouarre, y la otra proveedor de carne de los Inválidos, había aun otra que lo hacía cobrador de contribuciones indebidas, por lo que en otro tiempo había sido condenado á la horca.

Se decía que el señor Poissón había sido uno de los principales agentes de los hermanos Paris. Se recuerda á aquellos protectores protegidos por la señora de Prie ; perseguido por Fagou que á causa de la protección del duque no se atrevía á apoderarse de ellos, Poissón fué condenado á ser ahorcado, pero

como nunca se ahorca al que puede comprar una cuerda por cien mil libras, se libertó Poissón de la horca y se refugió en Hamburgo.

Ya se ha referido como el comendador de Thianges representó el papel de Estanislao en 1733. Poissón lo encontró en Hamburgo, le refirió su aventura, y le rogó se interesase por él con el registrador á fin de poder apelar de la sentencia. Muchas veces le habían hablado de este asunto al cardenal de Fleury, sin haber conseguido nada, pero una señora de Saissac, que era amiga suya, hostigó tanto al cardenal que permitió la revisión del proceso, y en 1741 fué absuelto Poissón de la pena impuesta por la sentencia en 1726.

Los hermanos Paris habían favorecido mucho á Poissón. El registrador general era enemigo de los hermanos Paris, por esto lo primero en que se ocupó la señora de Pompadour cuando llegó al poder fué en derribar á Orri, que se retiró á Bercy, donde todas las personas honradas fueron á su casa á cumplimentarlo, luego que llegó.

Lo reemplazó en su destino el señor Machault, intendente de Valenciennes.

El señor Machault, hombre honrado y de inteligencia, comenzó por libertar á la Francia de una gran carestía en 1749, haciendo traer trigos de Berberia.

El proyecto de la señora Pompadour no le había salido bien más que á medias ; había conseguido derribar un enemigo, pero no tuvo poder para colocar un amigo.

Para satisfacerla le concedió el rey una plaza de director general de construcciones, para que nombrase ella á quien quisiera ; y nombró á un hermano suyo, al que dieron el título de marqués de Vaudieres,

y al que le llamaban en la corte el maqués de antes de ayer.

He aquí la progresión de la fortuna personal de la marquesa de Pompadour.

À los seis meses de la declaración de los amores del rey, tenía ya ciento y diez mil libras en rentas; cuarto en palacio, otro en los sitios reales, y el marquesado de Pompadour.

En 1746, le compró á Rousset, arrendador general, la tierra de Selle, en la cantidad de ciento y cincuenta mil libras, y gastó otras sesenta mil sólo en arreglar la casa.

El mismo año le dió el rey quinientas mil libras, sobre el cargo de tesorero de las caballerizas, y creó en aquel mismo año otro cargo en su beneficio; de suerte que en menos de un año se habían dado á la favorita cerca de dos millones.

El 1.º de enero de 1747, le dió Luis XV, por regalo de Pascuas, un librito de memoria ó carterita, guarnecida de diamantes con las armas de Francia, también de diamantes, en medio, y en las cuatro puntas las torres que la señora de Pompadour había tomado por armas, también de diamantes. Había además, dentro de la cartera, un billete al portador, de ciento cincuenta mil libras.

El 3 de marzo siguiente, obtuvo del rey el marqués de Vaudieres la capitania de Grenelle, y las cien mil libras que tenía á cargo esta plaza.

En 1749 pidió la señora de Pompadour un palacio en Fontainebleau, y el rey le dió trescientas mil libras para hacerlo.

Pidió al rey en el mismo año la casa de campo de Aulnay para aumentar las bellezas de Crecy, y el rey se la dió, y cuatrocientas mil libras además.

En 1751, pensó la señora Pompadour que era tiempo de hacer algo de favor de su padre; y el rey compró la tierra de Marigny, que dió al instante al señor Poissón.

En 1752, deseó la señora de Pompadour poseer la tierra de San Remy, lindante con la de Crecy, que era cosa corta, doce mil libras de rentas, y el rey abochornado de hacerle un regalo tan pequeño, añadió trescientas mil libras para un palacio en Compiègne.

En 1755 le agradó á la señora Pompadour el magnífico palacio del conde de Evreux, y le habló de él á Luis XV, que le dió en el instante mismo para comprarlo quinientas mil libras; y luego que se estableció en él, no encontrándolo bastante digno de sí, gastó otras quinientas mil libras para hacerlo habitable.

Los parisienses no pudieron sufrir este despilfarro, se desataron en epitetos contra la cortesana, y llenaron las paredes exteriores del palacio de pasquines. Y como para agrandar el jardín, ella se había apoderado, sin conocimiento de nadie, de una porción del terreno que se llamaba entonces Paseo Público, y hoy se llama los Campos Eliseos, se amotinó una porción de pueblo, y embistió con los trabajadores, que dispersaron á pedradas.

Se entablaron por este mismo tiempo comunicaciones entre la señora de Pompadour y el rey de Prusia para comprar el principado de Neufchatel; porque en caso de romper con su real amante, quería tener en el extranjero un refugio contra los enemigos que había adquirido en Francia, donde pudiese vivir tranquila, y asegurada, no sólo su fortuna real, sino también la fortuna invisible, que nadie conocía, y que ella tenía diseminada en los bancos de Génova,

Venecia, Londres y Amsterdam. Esta negociación no se verificó.

De todas aquellas adquisiciones, de toda aquella fortuna real, de que ella misma no sabía qué hacer, resultaba un bien para los artistas. Era preciso decorar todos aquellos palacios, era preciso reproducir bajo todas las formas, ya las imágenes ó ya los caprichos de la favorita; las artes son la sola nobleza á que no ofende el plebeísmo, así los Vernet, los Latour y los Pigale eran los comensales cotidianos de la señora Pompadour. Participaron en gran manera de la fortuna que la favorita tenía precisión de que le perdonasen. Entró desde luego el arte en la vida material, y se transformó para hacerse, no sólo agradable, sino útil; descendió á los más ínfimos pormenores del mueblaje, á esas mil futilidades, que una mujer quiere tener en torno suyo, á las mil fantasías con que quiere recrear su vista, á los mil caprichos con que divierte su imaginación, todo se hizo objeto del arte; y hoy todavía nuestras mujeres de moda, han tomado bajo la protección de su gusto ese género fútil y costoso, al que la marquesa de Pompadour ha dado su nombre.

Es menester también confesar que nunca se había llevado á tanto extremo la coquetería en los más ínfimos pormenores como en aquella época. El arte sustituía continuamente á la naturaleza; esa brillante fantasía de Dios, que se llama *flores*, se imitaba y reproducía de cien maneras diversas con la aguja, con el pincel y con la porcelana. Un día recibió la señora de Pompadour á Luis XV en la maravillosa casa de campo de Bella-Vista, donde había sepultado millones; era el medio del invierno, y lo que es más, de un invierno, muy rigoroso; condujo la marquesa á su real

amante á una habitación colocada sobre una inmensa estufa, en la que se abrían las flores más frescas y más distantes de la estación en que se estaba; rosas, lilas y claveles, se veían desparramados con tal profusión, que se creía estar en la primavera. Aquello era, como se decía entonces, el dominio de Flora; y todas aquellas flores de tan maravillosa frescura, exhalaban al mismo tiempo tan delicados perfumes, que pidió el rey que le hiciesen un ramo para llevar á Versalles.

— Venid vos mismo á cogerlo, señor, le dijo la favorita con encantadora sonrisa, y colgándose del brazo de Luis XV, venid.

Fué con efecto el rey, y al querer romper el primer tallo de una flor, conoció el error que acababa de cometer. Todo aquel delicioso jardín era de porcelana de Sajonia. Los olores que lo habían encantado y que parecían superiores á las emanaciones de todas aquellas flores, eran las más suaves esencias, volatilizadas por el arte y mezcladas con la atmósfera que perfumaban.

No podía salir el rey de su encantamiento, y hablaba de él, como Aladino cuando volvió de sus excursiones subterráneas debió hablar de los mágicos jardines que había recorrido.

Conservaba Luis XV en medio de todo esto, accesos de tristeza, horas de melancolía, y momentos de disgusto, que nada podía vencer; pues sin embargo, á su disgusto, á su melancolía, á su tristeza, pudo aun poner remedio el arte. La señora de Pompadour, para distraer á su real amante, no hizo lo que la señora de Maintenón por el hombre menos á propósito para distraerse que había en Francia; no fué como ella á buscar el remedio en los clérigos y en las ceremonias religiosas: al contrario, apeló á los poetas

y las representaciones teatrales. Dufremy, Marivaux, y Collet, fueron los reyes de aquel teatro, que semejante á los muebles de la época, puede llamarse el teatro de Pompadour. En tiempo del gran rey, había sido Moliere ayuda de cámara; en tiempo de Luis XV, fué Voltaire gentilhombre de cámara.

Á aquellas representaciones, objeto de más intrigas que las que antes se fraguaban en Marly, asistía muy corto número de personas. Los espectadores eran el rey, la reina, el delfin, Mad. Adelaida, Mad. Victoria, Mad. Sofia, Mad. Luisa, el duque de Chartres, el príncipe de Turena, el duque de Agén, los señores Richelieu, Maillebois y Tavane, el marqués de Villeroy, el conde de Lorges, los señores Argenson, Coigny, Croissy, Querchy, Chancenet, el mariscal de Sajonia, el abate de Bernis, Vaudiere, Tournéhen, Brionne, Sponheim, Soubise, Belle-Isle, San Florentin, Puisieux, Chevreuse, Luxembourg, Duras, Chaulnes, Estissac, Castres, Goutant, Segur, Laugeron, Pons, Daschy y Frise.

Los actores eran el conde de Maillebois, Meuse, Agén, Croissy, Voger, Duras, Clermont de Amboise, Courtauvaux y Villeroy.

Las actrices eran las señoras de Pompadour, de Brancas, de Pons y de Sassenage.

En 1747 representaron el Tartuffe, pero casi en secreto, sin que lo supiese el delfin, las princesas ni la reina. El conde de Noailles, el príncipe de Conti y el duque de Gesvres, pidieron con empeño esquelas de convite que no pudieron conseguir.

El Tartuffe lo representaron el duque de Nivernois, Meuse, Agén, La Valliere y Croissy, y las señoras de Sassenage, de Pons y de Brancas.

En 1749 se representó el Matrimonio hecho y des-

hecho, en el que brilló extraordinariamente el conde de Maillebois en el papel de presidente, y el marqués de Voger, Croissy, Clermont de Amboise y Duras, obtuvieron infinitos aplausos.

En 1752, se puso en escena la opereta heroica Venus y Adonis, letra de Collet, y música de Mondonville. El caballero Clermont hizo el papel de Marte, la señora de Pompadour el de Venus, el vizconde de Chabot, el de Adonis, y la señora de Brancas el de Diana.

Muchos de estos señores y señoras adquirieron reputaciones de artistas. La Valliere representaba perfectamente los bailios, el duque de Duras las Blasas, la señora de Brancas las molineras, y la señora de Pompadour las Coletas. Clermont de Amboise, Courtauvaux, Luxemburg, Agen y Villeroy, cantaban maravillosamente, y Hesse, Courtauvaux, Beuvron y Melfort bailaban lo mejor posible.

El duque de La Valliere era el director de escena.

En 1748 se había hecho construir un salón para los placeres privados de Luis XV, ó más bien de la señora de Pompadour.

Durante aquel tiempo, el pueblo, al que se tenía en olvido para todo, menos para exigirle los impuestos, el pueblo, después de haber ido quitando poco á poco á Luis XV el título de muy amado, el pueblo murmuraba, y en estos murmullos nos detendremos, porque eran los primeros rugidos sordos de la borrasca que estalló en 1793.

Entramos en el período de la decadencia de la monarquía; por este período del siglo xviii tendremos que caminar con velocidad, porque la pendiente es muy rápida.